

# Gómez–Moreno y Luis Siret: correspondencia y prácticas de investigación

Juan Pedro Bellón Ruiz | Programa JAE-Doc (CSIC). Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC). jbellon@ujaen.es

El tardío desarrollo de la Arqueología científica en España tuvo una mayor incidencia en lo que hoy reconocemos como protohistoria. Diversos factores fueron claves en este proceso pero es destacable el papel político y cultural derivado de la Restauración borbónica como elemento fundamental en este discurso (Peiró, 2006; Pasamar y Peiró, 1991). En efecto, fue desde una institución academicista y decimonónica por excelencia, como la Real Academia de la Historia, desde donde Antonio Cánovas del Castillo –siete veces Presidente del Consejo de Ministros y Director de dicha Academia– coordinaría la edición de la *Historia General de España*. En ella, como han señalado algunos autores, no sólo se incorporaban al discurso la Geología<sup>1</sup> o la Etnografía, bases fundamentales de la Arqueología científica, sino que se incidía en aquellos aspectos autóctonos de la Prehistoria hispana que la distinguían del resto de Europa (Cruz Andreotti y Wulff Alonso, 1993: 184; Ayarzagüena, 1991, 1993)<sup>2</sup>. Por otra parte, existían pocas alternativas a la erudición o el avance autodidacta en la materia debido al estado de la universidad y a la práctica inexistencia de instituciones dedicadas a la investigación como alternativa a aquella.

La publicación de la *Geología y Protohistoria Ibéricas* (Vilanova y De la Rada, 1891) dentro de la *Historia General de España*, viene determinada por otros aspectos: primero, que en dicha obra De la Rada y Vilanova prescindían de la tradición filológica para su discurso metodológico debido a su propia limitación temporal (la Protohistoria) y segundo, que junto a la atribución espacial que pueda entenderse sobre “lo ibérico” (en este caso, pienso que entendido como unidad etnia–territorio–nación, es decir, *panibérico* y que incluiría el territorio portugués) éste término no encierra aún el debate que se produciría con posterioridad sobre este aspecto sobre todo si consideramos sus continuas referencias a “lo aborigen”, como reflejo de lo autóctono<sup>3</sup>. Basados en un discurso positivista e innovador<sup>4</sup> Vilanova y De la Rada consideraban ibérica aquella etapa de la primera edad de los metales que precedía a lo celtibérico (bronce) y romano (hierro) (Vilanova y De la Rada, 1891: cuadro entre páginas 269 y 271).

Sería el profesor granadino e Inspector de Antigüedades de Granada y Jaén, Manuel de Góngora y Martínez el que uniría dicho autoctonismo (aborígenes) con los iberos citados en las fuentes clásicas, provocando, en suma, la conciliación de la Historia con la Protohistoria en lo que se refiere a su base étnica común en toda la península: “Ya se habrá comprendido que, en mi sentir, los vascongados son un resto intacto de la gran nación de los iberos... Confirma esto mi opinión de que la raza íbera fue en la más remota edad dominadora de toda España” (Góngora, 1868: 118). En consecuencia, el viaje cronológico–secuencial de los iberos de las fuentes partía desde su reconocimiento por las fuentes clásicas griegas y romanas hasta tiempos más remotos, como la Prehistoria y, como veremos, el Neolítico.

1. Como “...historia física y orgánica del planeta que sirve al hombre de temporal morada” (De la Rada y Vilanova, 1891: III).

2. Existe una obra monográfica sobre la construcción de ‘las historias de España’ coordinada por R. García Cárcel: “*La construcción de las historias de España*” (2004).

3. Esta teoría recogía las ideas de Francisco M<sup>o</sup> Tubino, quien en 1876 refrendaría la asociación entre los monumentos megalíticos y los aborígenes ibéricos, avanzando además sobre la procedencia de esta primera invasión, vinculada al norte de África y a los grupos bereberes de la misma, haciéndolos penetrar hasta los Pirineos desde el mesolítico: “Mucho nos equivocamos o queda comprobada nuestra tesis fundamental: forman los bereberes el núcleo de la gran población que durante el periodo que hemos llamado mesolítico habita las cavernas de la Bética y de Portugal, y la misma labra los monumentos megalíticos que nos sirven de pretexto para estas fatigosas indagaciones. Esa misma raza dolicocefala es la que con variedades subalternas se dilata por toda la Península, existiendo de ella parciales representantes en los actuales vascongados del lado acá del Pirineo y la que nos ha dejado muy grandes testimonios en las momias de los guanches de las Canarias. Son por tanto los bereberes los únicos que con arreglo a los datos recolectados, pueden considerarse como autóctonos ibéricos, tomando siempre la palabra en el sentido convencional que le hemos atribuido” (Tubino, 1876: 360). O el investigador catalán Sanpere i Miquel, con relación al origen de los vascos: “Hay, pues, unidad científica, clara y manifiesta de uno a otro extremo de la península, de N. a S., por lo que toca a la raza primitiva humana autóctona o pobladora de nuestra península [...]. Gozando, pues, de caracteres propios, positivos y genéricos, el tipo español es indudable que los vascos, por su residencia en una región montañosa, donde, desde los orígenes históricos han sabido conservar su nacionalidad y su lengua que no tiene nada de común con las lenguas indoeuropeas, más aún, que difiere de todas las lenguas conocidas, muertas o vivas, ofrecen de toda certitud el tipo de la raza anterior a la llegada de los primeros conquistadores indo–europeos de la Europa Occidental. En suma: los vascos son los descendientes de una raza autóctona” (Sanpere, 1881: 450–452).

4. “[El progreso actual] hace que la Arqueología y la Historia revistan el carácter de verdaderas ciencias positivas con no pocos puntos de afinidad con las naturales” (Vilanova y De la Rada, 1891: 271).

Estamos en 1891 y en lo que respecta a lo que hoy reconocemos como “arqueología ibérica” se habían producido ya distintos hallazgos clave en su configuración como el conjunto escultórico del Cerro de los Santos, hallazgos que no tardaron en ponerse en duda por ciertos investigadores debido a su originalidad. Fue el propio L. Heuzey quien señaló su autenticidad y quien examinó personalmente el conjunto en Madrid:

“... la conviction qu'ils sont authentiques, qu'ils sont l'oeuvre d'un atelier local et indigène, formé sous la double influence des Grecs et des Phéniciens, mais gardant, même dans l'imitation, une originalité ibérique bien accusée; qu'ils peuvent être postérieurs au V<sup>me</sup> ou au IV<sup>me</sup> siècle, malgré leur caractère archaïque; qu'ils appartiennent même en majorité au III<sup>me</sup> siècle avant notre ère; mais qu'ils représentent diverses phases d'un développement artistique conscient et suivi” (Heuzey, 1891: 609).

En el debate sobre lo prerromano o anterromano, como solía decir J. R. Mélida (Mélida, 1906) existía un factor distinto centrado en el reconocimiento de las migraciones centroeuropeas y mediterráneas a la península. De hecho, sea debido a las migraciones norafricanas, de griegos o fenicios, o a las célticas procedentes de Centroeuropa, lo cierto es que en este momento la actividad científica extranjera en España se encontraba en pleno cénit y no existían en nuestro país instituciones capaces de controlarlas, gestionarlas o, en suma, de capitalizar un discurso identitario homogéneo y unitario debido al desarrollo de alternativas solventes como las que se lanzaban desde el País Vasco o Cataluña (Ruiz et al., 2002).

Para este periodo de finales del siglo XIX son fundamentales las actividades realizadas por G. Bonsor, E. Hübner, los hermanos Siret y los franceses E. Cartailhac, A. Engels y P. Paris (Gran-Aymerich y Gran-Aymerich, 1991). Pero existen matices claros: frente al, digamos, intervencionismo directo que implicaba incluso la realización de excavaciones o la exportación de piezas a museos extranjeros –que tanto exasperaba a J. R. Mélida (Mélida, 1897: 31)–, otros investigadores como Cartailhac o Hübner se encargaron de realizar síntesis sobre la Prehistoria (Cartailhac, 1886) o sobre la Arqueología en España (Hübner, 1888) de las cuales apenas existían precedentes actualizados<sup>5</sup> (Blech, 2002).

De este modo, los que desarrollaron una actividad de campo más explícita y agresiva centraron sus exploraciones fundamentalmente en el sur y este de la península ibérica, lugares en los que la tradición filológica y los descubrimientos producidos a lo largo del siglo XIX habían señalado su interés para la investigación arqueológica. Y no sólo eso sino que además dichas actividades (excavaciones, prospecciones, compras de piezas para museos,...) culminaron, en la mayoría de los casos, en nuevas síntesis basadas en las mismas (Paris, 1903–1904; Siret y Siret, 1890; Bonsor, 1899) con una considerable aportación de materiales que desequilibraba la balanza territorial de las síntesis e interpretaciones del resto del territorio peninsular<sup>6</sup>.

Pero los modelos de intervención y participación son distintos. Desde la erudición y la formación autodidacta hasta la representación de un programa académico consolidado. Tres casos pueden servir de ejemplo en este sentido.

G. Bonsor (Maier, 1999) (Figs. 1 y 2), erudito inglés perteneciente a una familia burguesa acomodada, tuvo una formación bastante ecléctica fundamentada en las Bellas Artes, estudiadas en numerosos liceos y academias europeas. Se instaló en Carmona en torno a 1883 y pronto comenzó sus excavaciones en distintos sectores de la necrópolis romana (1885–1902) y otros sitios como Los Alcores, Bencarrón, Acebuchal, la Cruz del Negro, Setefilla,... actividades que le permitieron formalizar el que ha sido considerado como el “primer trabajo serio sobre la protohistoria española” (Gran-Aymerich, 2001: 92). Su intensa actividad le permitió conocer ampliamente los materiales prehistóricos, protohistóricos y romanos del Bajo Guadalquivir y se convirtió en una consulta de referencia para otros investigadores extranjeros, como demuestra su correspondencia (Maier, 1991) y no sólo eso sino que configuró una amplia colección arqueológica en su casa–museo de Mairena del Alcor, como también hicieron los hermanos Siret.

A su consulta acuden distintos investigadores que están preparando síntesis o trabajos sobre el tema, como J. R. Mélida, M. Gómez–Moreno, P. Paris o L. Siret; y Bonsor, por su parte, solicita la ayuda de otros investigadores de enorme prestigio, como W. Flinders Petrie o Salomon Reinach. La investigación arqueológica en España no se encontraba aislada y habría que analizar la trascendencia que tuvieron los arqueólogos extranjeros citados para facilitar la entrada en nuestro país de las distintas corrientes teóricas y epistemológicas que circulaban por toda Europa.

Los hermanos Enrique y Luis Siret (Herguido, 1994; Blance, 1986), de origen belga, contaban con una doble vertiente profesional: eran ingenieros de minas pero también aficionados a la Arqueología, sobre todo gracias a la actividad de

---

5. La actividad de E. Hübner vinculada a la toma de datos para el *Corpus Inscriptionum Latinarum* tiene un carácter diferente puesto que realizó una recopilación exhaustiva de los datos conocidos y no excavaciones destinadas a obtenerlos.

6. Creo que es muy sintomático el enorme peso historiográfico que supusieron las intervenciones de los hermanos Siret en el sureste peninsular, perceptible aún en la síntesis de P. Bosch de 1932.



Fig. 1. Jorge Bonsor con su colección arqueológica en el Castillo de Mairena del Alcor. Fondo Bonsor. Archivo General de Andalucía.

su padre, miembro de la Académie Royale de Belgique y fundador del *Journal des beaux-arts*. Enrique marchó de España en 1886 y Luis, con tan solo 21 años ya se hizo cargo de la explotación minera en la sierra de Almagrera. Debe considerarse que no contaban con una formación académica al uso y que su formación autodidacta respondería a su gran interés por la materia, su capacidad de viajar y de permanecer actualizados en la misma. Su obra *Las primeras edades del metal en el sureste de España* (1887) les valió el Premio Martorell y las medallas de oro de las exposiciones universales de Toulouse y Barcelona. Su alcance historiográfico ha sido enorme pero debemos destacar, como también queda reflejado en el título de la obra citada, la importancia que Siret atribuía a los metales, como indicador técnico-civilizador, en su secuencia sobre la Prehistoria europea. De hecho, fue pionero en la realización de análisis arqueometalúrgicos, como ingeniero de minas que era y, en suma, no escapaba de una visión colonialista de la Historia, aún más si consideramos su defensa acérrima de la fórmula: céltico= tecnología del bronce –armamento– invasión peninsular.

Su epistolario está disperso o perdido pero conocemos su red de relaciones gracias otros fondos documentales de referencia que manifiestan un profundo conocimiento de la bibliografía del momento, una sólida conexión con otras academias extranjeras. Su relación con Gómez-Moreno o G. Bonsor es fluida pero tardía, consolidándose a partir de 1904 con Gómez-Moreno y 1907 con G. Bonsor.

El tercer modelo, representado por P. Paris y A. Engels (Rouillard, 1999; 2002; Moret, 1999) (Fig. 3), sí responde a una formación académica francesa típica de finales del siglo XIX. Paris había estado pensionado en la École Française d'Athènes donde realizó el catálogo de terracotas del Museo de Atenas y participó en las excavaciones en Delos. En 1887 realizaría su primer viaje a Andalucía y diez años después ya propondría la creación de una École Française en España siguiendo el modelo de la ateniense y la romana. No es de extrañar que considerase como micénico el estilo de la cerámica ibérica y que calculase una cronología muy elevada, en torno al siglo XII a.n.e. para la misma, hecho que quedaría invalidado poco más tarde con la tesis doctoral de P. Bosch Gimpera (Bosch, 1915).

Quizás los reconocimientos previos de E. Cartailhac, de S. Reinach o L. Heuzey, provocasen que P. Paris configurase la que puede considerarse como la primera síntesis de referencia de la Arqueología ibérica, publicada entre 1903 y 1904. Por un lado, la necesidad de sistematización de materiales, y por otro, el reconocimiento de ciertas claves cronológicas y secuenciales que facilitaron su labor sintética, a lo que deben añadirse sus intervenciones directas en Osuna, junto a A. Engels (Engels y Paris, 1906), Elche (Ramos, 2000) o el reconocimiento de Almedinilla y el Cerro de los Santos (Rouillard, 1999).

La colección reunida por A. Engels y P. Paris no fue sistematizada y conservada en España sino que fue trasladada, y ese era su objetivo original, al Louvre (Rouillard *et al.*, 1997). La concepción paternalista respecto a España del grupo de Burdeos no sólo se destaca en esta migración de piezas a un museo de una primera potencia europea sino que también, como se ha analizado, a su visión sobre la cultura ibérica (Ruiz *et al.*, 2008).

Es necesario señalar el papel geoestratégico que la península ibérica jugaba en el marco general de la Prehistoria europea. No olvidemos tampoco que en este momento los cambios históricos eran explicados mediante la secular existencia de migraciones o invasiones de diversos pueblos o grupos étnicos; pueblos y grupos que contaban con determinados indicadores materiales que permitían seguir su rastro espacio-temporal a los arqueólogos. Y, por último, debemos referenciar esta coyuntura histórica de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en el proceso de expansión colonialista europea, expansión y competencia territorial que se correlacionaban con antiguos conflictos y etnias que parecían articular cierta continuidad en el papel que las distintas naciones habrían jugado a lo largo de la historia de



Fig. 2. Carmona. Archivo General de Andalucía. Fondo Bonsor (AGA610).

Europa, porque se trataba de un marco eurocentrista en el que las grandes metrópolis, como Reino Unido, Francia, Bélgica, rivalizaban en el tiempo y en el espacio. España era un espacio trascendental en ese mapa de la Prehistoria europea. Era el espacio que unía y separaba Europa de África, el Mediterráneo con los mares del norte, y su protagonismo en las fuentes clásicas griegas y romanas la situaban en el eje de la gran disputa entre oriente y occidente, fundamentalmente debido al antagonismo frente a lo fenicio o cartaginés.

A este marco general hay que añadir el propio marco socio-político de la España de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En estas fechas la Arqueología cobra especial importancia para la legitimación de los discursos nacionalistas periféricos o regionalistas, fundamentalmente los vascos y catalanes y en menor medida valencianos, gallegos o andaluces (Ruiz et al., 2006). Por otra parte, España se encontraba en un proceso inverso a las grandes potencias europeas, puesto que a lo largo del siglo XIX había perdido la práctica totalidad de su imperio colonial quedando zanjado en 1898 con la independencia de Cuba, Filipinas y otras colonias menores.

En esta situación, la construcción de un discurso identitario, unitario y centralista era necesario para el sostenimiento del nacionalismo español que, además, como hemos visto, estaba siendo construido desde el exterior y desde el interior por investigadores extranjeros. ¿Qué efecto historiográfico puede desprenderse de sus actividades en clave identitaria para España?, ¿contribuyeron sus distintas posturas teóricas a la consecución de un mapa cultural heterogéneo para la protohistoria de la península? Es paradigmática la apreciación de Ignacio Calvo, conservador del Museo Arqueológico Nacional y Juan Cabré, vinculado al Centro de Estudios Históricos, sobre las conclusiones del *Essai* de Pierre Paris (Calvo y Cabré, 1919: 19; Bellón, 2010: 119) y es consecuente con la postura del “capitán” de la Sección de Arqueología del Centro de Estudios Históricos, Gómez-Moreno, quien se consideraba autor responsable de “una prehistoria española sin ir mirando lo que nos cuentan de afuera” (Bellón, 2010: 118).

El proceso de reacción y respuesta al punto crítico finisecular se traduce en una amplia reforma institucional del Estado y de un proceso de regeneración de organismos educativos y de investigación. Dicho proceso se abre en 1900 con la creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; posteriormente, en 1907, con la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas; en 1910, con la fundación del Centro de Estudios Históricos y poco después con la de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Además, desde Cataluña se abría la investigación histórica y arqueológica a través del Institut d’Estudis Catalans, en 1907. En Roma, en 1910, la JAE crearía, en colaboración con el IEC, la Escuela Española de Historia y Arqueología (Olmos et al., 2010), institución que trató de estar a la altura de otras instituciones extranjeras en dicha ciudad. Frente a este frenesí reformador y renovador, la universidad y las academias quedaron en cierta forma marginadas y dejaron de tener el peso específico del que habían disfrutado en años anteriores (Tortosa y Mora, 1996; Mora y Tortosa, 1997; Peiró y Pasamar, 1989–1990) pero no hay que olvidar que los actores del proceso ocupaban, normalmente, puestos de relevancia en distintos ámbitos, unos más activos y comprometidos, como la JAE, y otros más vinculados a la tradición y al prestigio, como las academias de la Historia o Bellas Artes.

Y el discurso identitario, de corte estatal o regionalista, estaba principalmente fundamentado en la cultura ibérica, reconocida como la etnia sobre la que se legitimaban las bases de todo el discurso historicista del momento.

## 1. Manuel Gómez-Moreno y Luis Siret. Autoctonismo vs hibridismo orientalista

Me interesa confrontar aquí las propuestas lanzadas, los lugares comunes de dos investigadores pioneros y trascendentales para la historia de la Arqueología en España: Luis Siret y Manuel Gómez-Moreno. El punto de encuentro más directo viene dado por el mutuo reconocimiento de ambos investigadores: los dos coinciden en considerar como



Fig. 3. A. Engels en una visita a Carmona. Archivo General de Andalucía. Fondo Bonsor (AGA946).

micénico el estilo de El Romeral (Antequera), ambos interpretan también como ibérica la cerámica campaniforme, entre ellas las de Ciempozuelos o Purchena, es más, el propio Siret decía en 1907:

“Teniendo en cuenta la superioridad de los productos de España sobre los de otros países, su gran abundancia y su área de extensión, creo que es justo otorgar el nombre de Ibérico a este arte, tanto más cuanto en las épocas siguientes no encontramos en la Península ningún arte cerámico propio” (Siret, 1907: lám. VIII).

Cuando en 1925 Juan Cabré publicaba, en la recién creada revista *Archivo Español de Arte y Arqueología* del Centro de Estudios Históricos, su trabajo sobre la cámara sepulcral ibérica de Toya reconocía en su introducción el papel que el investigador belga habría tenido en la formulación de lo que él y Gómez-Moreno, su mentor, definieron como “periodo hispánico”<sup>7</sup> (Bellón et al., 2008).

Esta relación de discusión de ideas e intercambio de datos quedó además fijada en la correspondencia de ambos autores y contamos con la conservada en el Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez-Acosta, en cuyos fondos nos encontramos trabajando desde el año 2002, muy rica en lo que se refiere, obviamente, a las propuestas o tesis defendidas por Luis Siret respecto de un aspecto concreto que me interesa tratar en este trabajo: el origen y filiación de la cultura tartésica y la interrelación científica entre ambos autores. Como veremos, existían divergencias teóricas y distintos, digamos, proyectos personales y, sin embargo, el intercambio de propuestas y materiales, imágenes y planimetrías era bastante fluido.

El material de trabajo no es muy abundante, si bien, comparado con la casuística que pueda presentarse en el ámbito de la correspondencia, es necesario llamar la atención sobre dos aspectos: primero, el continuo intercambio de datos, de referencias, de dibujos y croquis de estructuras, fundamentalmente sepulturas o megalitos; y, segundo, el debate abierto entre ambos autores sobre determinados aspectos de la Prehistoria del sur-sureste de la península ibérica.

---

7. Por cierto, aún no hemos encontrado la publicación de Luis Siret en la que defienda este aspecto y esta terminología.

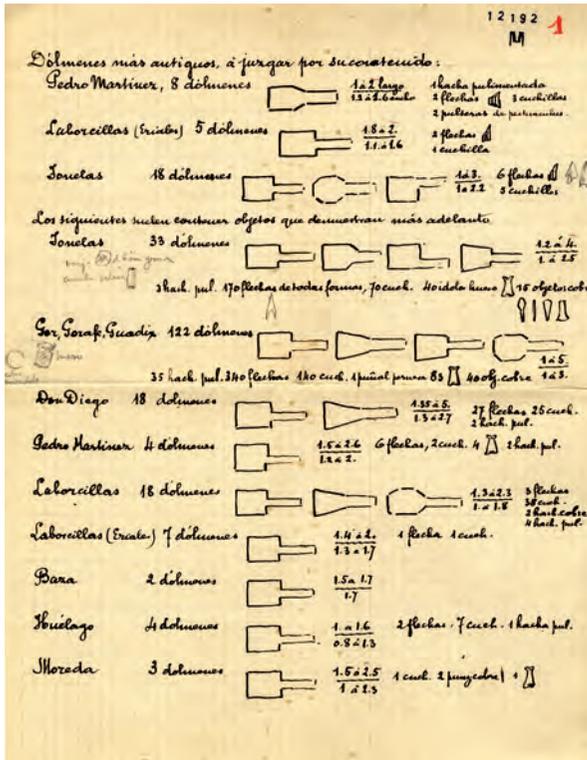


Figura 4. Parte de una carta de L. Siret a M. Gómez-Moreno (16 abril 1922). Archivo del Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez-Acosta de Granada (IGM12192).

Las numerosas exploraciones y excavaciones realizadas por E. y L. Siret en el sudeste de la península ibérica les permitieron establecer toda una secuencia cultural de la Prehistoria basada en materiales arqueológicos, en contextos y asociaciones de elementos que mostraban, en líneas generales, el proceso regional presente en la zona desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce. Los Siret fueron los responsables del descubrimiento y sistematización del periodo argárico el cual contaba con rasgos muy marcados sobre los que sustentan la teoría de un profundo cambio social, cambio que ellos explicaron en términos invasoristas, es decir, de identificación de un grupo étnico distinto del preexistente que lo habría suplantado a través de un conflicto armado.

Como hemos señalado en otros trabajos (Bellón, 2010), Gómez-Moreno defendía en su trabajo sobre la necrópolis de Antequera, publicado en 1905, la analogía existente entre la cúpula del Tesoro de Atreo en Micenas con la existente en la Cueva del Romeral en Antequera. Interesa señalar en este punto que también dicha analogía fue recogida por L. Siret en su trabajo publicado poco después, en 1907, *Orientales y Occidentales en España en los tiempos prehistóricos*.

Respecto a las prácticas de investigación de ambos autores es necesario recordar el peso de la Arquitectura, de la Historia del Arte, de la analogía como método comparativo utilizado en sus trabajos (Fig. 4). Pero es abrumadora la diferencia metodológica en el uso de los contextos arqueológicos utilizada por Siret quien, como señala en una de sus cartas, analizaba en 1907 más de 500 sepulturas con sus materiales y contextos, además de realizar análisis metalográficos, láminas delgadas, análisis químicos...

En una carta enviada desde Cuevas en abril de 1922, Siret expone abiertamente a Gómez-Moreno su idea sobre el origen de Tartessos, idea que ha tenido un gran peso en la historiografía arqueológica, esto es, la interacción entre la colonización fenicia y la población indígena del ámbito del bajo Guadalquivir. Siret sostenía que:

En concreto contamos con menos de veinte cartas divididas en dos periodos netamente diferenciados. Doce de ellas enviadas entre 1904 y 1910 que muestran cierta continuidad en la relación de ambos investigadores, relación marcada por las publicaciones en las que se encontraban trabajando; y otro grupo de seis comprendidas entre los años 1922 y 1923.

El primer periodo epistolar está caracterizado por el intercambio de datos sobre estructuras funerarias de la zona de Almería y Granada y, además, por una mutua coincidencia en el reconocimiento de la influencia micénica en la arquitectura prehistórica neolítica, o como indica Siret sobre las estructuras funerarias de Los Millares serían aquellas que "...ostentan el grado más alto de desarrollo y de lujo del periodo neolítico" (*id. infra*). Pero este "desarrollo y lujo" son el producto de las interrelaciones con los fenicios, los últimos responsables de la transmisión de las influencias micénicas a la península ibérica.

Los fenicios serían pues los vehículos en los que se trasladaron ciertos rasgos de civilización "positiva" a la península ibérica. Los fenicios, con la llegada de la Edad del Bronce (argárico), serían expulsados de la península por grupos indígenas de clara filiación céltica. Así lo expresaba en otra carta:

"Por consiguiente, a pesar de que conviene formular alguna reserva, hasta ahora parece ser que la cúpula pertenece exclusivamente a la civilización que ostenta caracteres exóticos, la última neolítica, y desaparece con ella ante la invasión del elemento indígena. Por indígena entiendo occidental, por oposición a oriental o fenicio".<sup>8</sup>

8. Archivo del Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez-Acosta de Granada. Las siglas de referencia son IGM7712-7713. Carta de Siret a Gómez-Moreno en 30 de agosto de 1907.

“Los Tartesios cultos eran por consiguiente Iberos ‘fenicizados’ o por no presumir demasiado, ‘orientalizados”.

Reconociendo, por otra parte en la misma carta, la existencia de una fase previa en la que toda la península estaría ocupada por una única etnia, la ibérica (neolítica, responsable del arte cerámico de Ciempozuelos):

“En resumen: los eneolíticos son neolíticos orientalizados, y si se identifican con los Iberos orientalizados, claro está que hay que identificar a los Iberos con los neolíticos.

Creo que debe darse el nombre de Iberos en el sentido que le dieron los antiguos, designando por él a los habitantes que ocupaban toda la Península en el momento que los pueblos más civilizados de aquellos tiempos tuvieron las primeras noticias acerca de ellos. [...] Es posible y hasta probable que ya en aquella época, y antes de la venida de los Orientales, se distinguiese la Tarteside, o región del Tartessos, de la Iberia propiamente dicha, o región del Ebro”.<sup>9</sup>

Este mapa-dibujo de la península coincide con el que nosotros hemos comprobado en la última gran síntesis realizada por Gómez-Moreno (Bellón *et al.*, 2005), considerando, no obstante, Siret lo tartésico como “un incidente regional de la ibérica”.

Frente al primer grupo epistolar en el que ambos se acercaron a la consideración de una base étnica “occidental” en la península ibérica, base que para Gómez-Moreno sería la responsable de la configuración del primer imperio civilizado de occidente en Tartessos, defendido por primera vez en su trabajo sobre la necrópolis de Antequera, en 1905, (Bellón, 2010) el segundo grupo de cartas muestra algunas diferencias.

Si lo ibérico partía del Neolítico, si el Neolítico “transportado” por los fenicios trajo influencias micénicas y si el Bronce argárico supuso la ruptura con esa última fase, dicha ruptura fue causada, explicada, mediante un enfrentamiento secular entre oriente (fenicios) y occidente (celtas). Entre Europa y África (Ruiz *et al.*, 2008).

En 1923, en una carta en la que Siret felicita a Gómez-Moreno por su publicación sobre el plomo de Alcoy, se muestra sorprendido por la defensa de Gómez-Moreno sobre la persistencia de influencias orientales durante la Edad del Bronce. Siret se quejaba:

“Yo creía haber demostrado hasta la evidencia que nuestra Edad del Bronce tiene caracteres europeos, y que su introducción marca la cesación absoluta, pero muy absoluta de las relaciones con el Oriente, y la paralización de toda clase de comercio, tanto de importación como de exportación, [...] De los innumerables testigos de influencia oriental que caracterizan el eneolítico no queda ni el más insignificante rastro durante la Edad del Bronce, mientras que el armamento del Argar, su cerámica, sus objetos de adorno, y hasta sus costumbres funerarias, son aparentados con los del Centro de Europa”.

Finalmente, en un párrafo desgarrador afirma que “La explotación del estaño es la llave de la edad del bronce. De los que hablan de ésta, muchos no saben lo que es el bronce. Déchelette confunde el estaño con el zinc”.<sup>10</sup>

Similares herramientas metodológicas fundamentadas en la analogía, en la comparación estilística de los materiales y sus tipologías, en la consideración de que los materiales encerraban la identidad étnica de sus creadores, son, paradójicamente fruto de dos contextos personales bien distintos.

Gómez-Moreno tenía la obligación de construir la Prehistoria española, como le reprocharía en 1932 a P. Bosch Gimpera tras la publicación de su *Etnología de la Península Ibérica*, y ello se debía a la responsabilidad asumida por el mismo como parte del programa lanzado desde la JAE y del Centro de Estudios Históricos, es decir, una labor colectiva de recuperación de la identidad nacional española. Esta recuperación se basó, en el caso de Gómez-Moreno, en el ámbito de la Prehistoria y Protohistoria, en la reivindicación de un Tartessos como cuna de la civilización europea y de un periodo histórico, el *hispanico*, caracterizado por su originalidad y capacidad creativa.

Los ejes del discurso teórico de L. Siret estaban marcados, sin embargo, por una visión más general de la Prehistoria europea, en un contexto de balance entre desarrollo y subdesarrollo, colonia y colono, y no es de extrañar el papel protagonista que un ingeniero de minas como él le dió al comercio, control, y dominio de las técnicas sobre los metales en su interpretación sobre la Prehistoria. El discurso esencialista parece diluido o reconducido a una perspectiva más amplia, a un confrontamiento en el que oriente y occidente se presentan como eternas piezas de un puzzle antagónico.

“España fue el teatro principal del gran duelo entre el Occidente y el Oriente: los Celtas, enemigos de los Fenicios, fueron los primeros campeones de la resistencia de Occidente” (Siret, 1906: 417).

---

9. IGM12189. Carta de Siret a Gómez-Moreno en 16 abril 1922.

10. IGM12596-12598. Carta de Siret a Gómez-Moreno en 5 de mayo de 1923.



Fig. 5. Fotografías de materiales de la Colección Siret en el Archivo del Instituto Gómez–Moreno de la Fundación Rodríguez–Acosta de Granada (IGM2850 y IGM2853).

El punto de encuentro fue el escenario desde el cual ambos practicaban sus investigaciones e intercambiaban datos e hipótesis: España.

Años más tarde Gómez–Moreno publicaría dos obras de divulgación sobre la historia de España: *La novela de España*, publicada en 1928 y *Adam y la Prehistoria* de 1958. Algo complejas de comprender por su lenguaje y estructura para un público general reflejaban el anacronismo del autor en el marco del discurso teórico sobre la Arqueología prehistórica y protohistórica en España. En *Adam y la Prehistoria* establece un proceso de migraciones originado en Oriente Próximo que seguía la estructura del relato bíblico, aceptando, en líneas generales, un periodo de hominización preadamita y un proceso de expansión migratoria tras el diluvio universal (semitas, camitas, jaféticos,...).

La otra línea de investigación prehistórica, más vinculada a las ciencias naturales, originaria de los trabajos de Vilanova y Piera, de Tubino (Belén, 1991) pero también, y fundamentalmente, debido a su papel en la Universidad Central, de Obermaier en España, habría redirigido el discurso controlado a comienzos del siglo XX por Gómez–Moreno. En efecto, los trabajos de Bosch Gimpera (Bosch, 2003), y más tarde de Almagro Basch, Martínez Santa–Olalla o Pericot, supieron adaptarse y recoger la dinámica teórica presente en Europa (Bellón y García, 2009; García y Bellón, 2009) y, sin duda, también para ellos fue fundamental, como es notable en los trabajos de Bosch (1932), el gran cúmulo de datos aportado por las investigaciones de L. Siret.

Quedan pendientes muchas líneas de investigación historiográfica sobre este rico periodo comprendido entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Sería necesario abordar, de una forma más concreta y profunda, la interrelación y comunicación científica que existió entre ese nutrido grupo de investigadores extranjeros y los responsables más directos de la formación y gestión de la investigación arqueológica en España. Conocemos los enfrentamientos entre los paleolitistas franceses y españoles, el desacuerdo entre Siret y Déchelette, los desprecios de P. Paris al rudo arte ibérico... en definitiva analizar ese escenario de enfrentamiento científico y dialéctico que fue España para los investigadores alemanes, franceses, belgas o ingleses, y cómo entre dichos enfrentamientos se sintió la necesidad de generar un discurso propio y original.

Son, además, posturas vacilantes, dinámicas, cambiantes que, en numerosas ocasiones varían según la apreciación de algún experto consultado. Así le ocurre a G. Bonsor cuando prepara su trabajo sobre el valle del Guadalquivir y Reinach le indicaba que era imposible establecer distinciones étnicas sin el apoyo de inscripciones que las avalasen<sup>11</sup>; o W. Flinders Petrie le decía, en base a las fotografías enviadas, que no lograba “comprender las razones que le conducen a identificar la alfarería negra e incisa, como celta. Esta es la misma familia que la de Ciempozuelos, la de Bosnia, Hisarlik y la egipcia. En cada país parece extranjera y yo sospecho que procede del sur de Italia”<sup>12</sup>. El Director de la Real Academia de la Historia, Fidel Fita, en cambio, le felicitaba por “el primer pie que sienta V. sobre la cerámica céltica”<sup>13</sup> y dos años después Mérida le tranquiliza respecto a su alusión en un ciclo de conferencias en El Ateneo sobre la cerámica prehistórica aclarándole que se cuidará de decir “que respecto al origen céltico ha mudado usted de opinión”.<sup>14</sup>

Aún hoy, y como señalaba A. Arribas en el prólogo a la reedición de la obra de L. Siret, *Orientales y Occidentales en España en los tiempos prehistóricos* en 1994, llama la atención la capacidad metodológica y científica de este investigador belga. Su gran colección de materiales fue, quizás, el único escollo que dificultó una interrelación más fluida con los organismos de gestión nacionales.

Como él mismo sugiere en varias cartas a Gómez-Moreno su interés por la prehistoria española no llevaba implícita la exportación de sus hallazgos y su generosidad con los datos que elaboraba fue puesta de manifiesto a través de sus publicaciones y de su relación más directa y personal (Fig. 5). Así se lo comunicaba a Gómez-Moreno en 1904:

“Puede usted con toda libertad publicar cuanto le comunico y la forma que guste, con lo que quedaría sumamente honrado”.<sup>15</sup>

## Referencias

- ALBERTINI, E. (1912): “Rapport à M. le Directeur de l’École Française d’Espagne sur une mission à Peñalba (Teruel)”, *Bulletin Hispanique*, 14, pp. 197–202.
- AYARZAGÜENA SANZ, M. (1991): “Historiografía española referida a la Edad de la Piedra desde 1868 hasta 1880”, *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII–XX)*, (Arce, J. y Olmos, R. coords.), Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 69–72.
- AYARZAGÜENA SANZ, M. (1993): “La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 6, pp. 393–412.
- BELÉN DEAMOS, M<sup>a</sup> (1991): “Apuntes para una historia de la arqueología andaluza: Francisco M. Tubino (1833–1888)”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IX, pp. 7–16.
- BELLÓN RUIZ, J.P. (2010): “De arquitectura tartesia: los dólmenes de Antequera en el contexto de la obra de Manuel Gómez-Moreno Martínez”, *Menga. Revista de prehistoria de Andalucía*, 1, pp. 114–133.
- BELLÓN, J. P. y GARCÍA, F. J. (2009): “Pueblos, culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, I”, *Identidades, Culturas y Territorios en la Andalucía prerromana*, (Wulff, F. y Álvarez, M. eds.), Spicum, pp. 51–74.
- BELLÓN, J. P., RUIZ, A. C. y SÁNCHEZ, A. (2005): “El archivo Gómez-Moreno y el Proyecto AREA”, *El nacimiento de la Prehistoria y la Arqueología Científica*, (Cabrera, V. y Ayarzagüena, M. eds.), *Archæia*, 3, 4 y 5, pp. 32–40.
- BELLÓN, J.P., RUIZ, A. C. y SÁNCHEZ, A. (2008): “Making Spain Hispanic. Gómez-Moreno and Iberian Archaeology”, *Archives, Ancestors and Practices. Archaeology in the light of its history*, (Schlanger, N. y Nordbladh, J. eds.), Berghahn Books, Oxford, pp. 305–315.
- BLANCE, B. (1986): “Siret y cien años de arqueología”, *Homenaje a Luis Siret (1934–1984)*, Junta de Andalucía, pp. 19–27.
- BLECH, M. (2002): “La aportación de los arqueólogos alemanes a la arqueología española”, *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones*, (Quero, S. y Pérez, A. coords.), Museo de San Isidro, Madrid, pp. 83–118.
- BONSOR, G. (1899): “Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis”, *Revue Archéologique*, 25, pp. 1–143.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915): *El problema de la cerámica ibérica*, Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 7, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (2003): *Etnología de la Península Ibérica*, (Edición de J. Cortadella), Colección Historiadores, 7, Urgoiti Ediciones, Pamplona.
- CALVO SÁNCHEZ, I. y CABRÉ AGUILÓ, J. (1919): *Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 22.

11. En Maier, 1999: 26. Carta n° 4. Carta de Salomon Reinach a Jorge Bonsor de 14 de mayo de 1896.

12. En Maier, 1999: 35. Carta n° 31. Carta de William Flinders Petrie a Jorge Bonsor de 10 de abril de 1900. En una carta posterior, en julio del mismo año, se retractaba al cotejar nuevas fotografías enviadas por Bonsor y consideraba, efectivamente, más antigua la cerámica de Ciempozuelos que aquella interpretada como céltica por Bonsor (Maier, 1999: 39; n° 39).

13. En Maier, 1999: 31. Carta n° 17. Carta de Fidel Fita a Jorge Bonsor de 23 de enero de 1900.

14. En Maier, 1999: 50. Carta n° 68. Carta de J. R. Mérida a Jorge Bonsor de 1 de febrero de 1902.

15. IGM7134. Carta de Siret a Gómez-Moreno en 14 de marzo de 1904. Estos dos investigadores se conocerían personalmente en abril de 1910 (IGM8296).

- CARTAILHAC, E. (1886): *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, Paris.
- CRUZ ANDREOTTI, G. y WULFF ALONSO, F. (1993): "Tartessos en la historiografía del XVII a la del XX: creación, muerte y resurrección de un pasado utópico", *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, (Beltrán Fortes, J. y Gascó la Calle, F. eds.), Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 171–189.
- ENGEL, A. y PARIS, P. (1906): "Une forteresse ibérique à Osuna (Fouilles de 1903)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, XIII, pp. 349–491.
- GARCÍA TORTOSA, F. J. y BELLÓN RUIZ, J.P. (2009): "Pueblos, culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, II", *Identidades, Culturas y Territorios en la Andalucía prerromana*, (Wulff, F. y Álvarez, M. eds.), Spicum, pp. 75–132.
- GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. (1905): "Arquitectura Tartesia: la necrópoli de Antequera", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLVII, pp. 81–132.
- GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. (1928): *La novela de España*, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. (1958): *Adam y la prehistoria*, Madrid.
- GÓNGORA Y MARTÍNEZ, M. (1868): *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, Madrid.
- GRAN-AYMERICH, E. (2001): *Dictionnaire biographique d'Archéologie, 1798–1945*, CNRS Editions, Paris.
- GRAN-AYMERICH, J. y GRAN-AYMERICH, E. (1991): "Les échanges franco espagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830 1939)", *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII–XX)*, (Arce, J. y Olmos, R. coords.), Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 117 124.
- HERGUIDO, C. (1994): *Apuntes y documentos sobre Enrique y Luis Siret. Ingenieros y Arqueólogos*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- HEUZÉY, L. (1891): "Statues espagnoles de style gréco phénicien (question d'authenticité)", *Bulletin de Correspondance Hellénique*, XV, pp. 608–625.
- HÜBNER, E. (1888): *La arqueología de España*, Barcelona.
- MAIER ALLENDE, J. (1991): "El epistolario de J. Bonsor: correspondencia con L. Siret", *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII–XX)*, (Arce, J. y Olmos, R. coords.), Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 149–156.
- MAIER ALLENDE, J. (1999): *Jorge Bonsor (1855–1930). Un Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y la arqueología española*, Serie Antiquaria Hispanica, 3, Real Academia de la Historia, Madrid.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1897): "La arqueología ibérica e hispano-romana en 1896", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Serie 3, 1, pp. 24–31.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1906): *Iberia arqueológica ante-romana*, Discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, Madrid.
- MORA, G. y TORTOSA, T. (1997): "La Real Academia de la Historia: In Patriam, Populumque fluit", *La Cristalización del Pasado: Génesis y desarrollo de la arqueología en España*, (Mora, G. y Díaz-Andréu, M. eds.), Universidad de Málaga, Málaga, pp. 187–196.
- MORET, P. (1999): "La Casa Velázquez y los estudios ibéricos", *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo: las colecciones madrileñas*, (Blánquez, J. y Roldán, L. eds.), Comunidad de Madrid-CajaMadrid, Madrid, pp. 43–47.
- OLMOS, R., TORTOSA, T. y BELLÓN, J.P. (eds.) (2010): *Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de memoria*, CSIC, Madrid-Roma.
- PARIS, P. (1903–1904): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, Vol. I y II, París.
- PEIRÓ MARTÍN, I. (2006): *Los guardianes de la Historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- PEIRÓ, I. y PASAMAR, G. (1989–1990): "El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (academicismo y profesionalización, 1856–1936)", *Kalathos*, 9–10, pp. 9–30.
- PASAMAR, G. y PEIRÓ, I. (1991): "Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre la Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)", *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII–XX)*, (Arce, J. y Olmos, R. coords.), Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 73–77.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (2000): "Pierre Paris, Albertini y las primeras excavaciones en La Alcudia de Elche". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo: el litoral Mediterráneo*, (Blánquez, J. y Roldán, L. eds.), Comunidad de Madrid-CajaMadrid, Madrid, pp. 133–137.
- ROUILLARD, P. (1999): "Arthur Engel, Pierre Paris y los primeros pasos en los estudios ibéricos", *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo: un homenaje a la memoria*, (Blánquez, J. y Roldán, L. eds.), Comunidad de Madrid-CajaMadrid, Madrid, pp. 25–32.
- ROUILLARD, P. (2002): "La aportación de los arqueólogos franceses a la arqueología española", *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones*, (Quero, S. y Pérez, A. coords.), Museo de San Isidro, Madrid, pp. 143–164.
- ROUILLARD, P., TRUSZKOWSKI, E., SIEVERS, S. y CHAPA, T. (1997): *Antiquités de l'Espagne*, Musée du Louvre, Département des antiquités orientales, dépôt au Musée des antiquités nationales de Saint-Germain-en-Laye, París.
- RUIZ, A. C., BELLÓN, J.P., SÁNCHEZ, A. y MOLINOS, M. (2008): "La construction archéologique des ibères. Entre orient et occident", *Construire le temps. Histoire et méthodes des chronologies et calendriers des derniers millénaires avant notre ère en Europe occidentale*, (Lehoërrff, A. dir.), Actes du XXXe colloque international de Halma-Ipel, UMR 8164 (CNRS, Lille 3, MCC), 7–9 décembre 2006, Bibracte, 16, Lille, Glux-en-Glenne, pp. 307–323.
- RUIZ, A. C., SÁNCHEZ, A. y BELLÓN, J.P. (2002): "The history of iberian archaeology: one archaeology for two spains", *Ancestral Archives. Explorations in the History of Archaeology*, (Schlanger, N. ed.), Antiquity. Special Section, 76(291), 184–190.
- RUIZ, A. C., SÁNCHEZ, A. y BELLÓN, J.P. (2006): *Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas*, Serie CAAI, Textos, 1, Universidad de Jaén, Jaén.
- SANPERE I MIQUEL, S. (1881): "Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos", *Revista de Ciencias Históricas II*, Madrid.

- SIRET, E. y SIRET, L. (1887): *Les Premiers Âges du métal dans le sud-est de l'Espagne*, Anvers.
- SIRET, E. y SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del metal en la península ibérica*, Barcelona.
- SIRET, L. (1906): Villaricos y Herrerías. *Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, *Memoria descriptiva e histórica*, Memorias de la Real Academia de la Historia, XIV, Madrid.
- SIRET, L. (1907): "Essai sur la chronologie protohistorique de l'Espagne", *Revue Archéologique*, X, pp. 373-395.
- TORTOSA, T. y MORA, G. (1996): "La actuación de la Real Academia de la Historia sobre el patrimonio arqueológico: ruinas y antigüedades", *Archivo Español de Arqueología*, 69, pp. 191-217.
- TUBINO, F. M<sup>a</sup> (1876): "Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal, y los aborígenes ibéricos", *Museo Español de Antropología*, VII, pp. 303-364.
- VILANOVA Y PIERA, J. y DE LA RADA Y DELGADO, J. (1891): "Geología y protohistoria ibéricas", *Historia General de España*, (Cánovas, A. dir.), Madrid.